

LAS VOCES OLVIDADAS

Severino Salazar

Las voces olvidadas (Antología crítica de las narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX), edición de Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac, El Colegio de México, 1991, 451 p.

EL Taller de Narrativa Femenina Mexicana de El Colegio de México nos ofrece, en esta exhaustiva y erudita antología, una visión del quehacer narrativo de un puñado de mujeres de nuestro país en el siglo XIX. Al concluir la lectura de este estupendo libro uno no puede evitar las odiosas comparaciones con lo que hacían otras mujeres escritoras en esa misma época y en otras latitudes. Las narradoras mexicanas aquí antologadas, y estudiadas, escriben y publican sus obras casi al final de la segunda mitad del siglo XIX, cuando, por ejemplo, las inglesas hermanas Brontë, Mrs. Gaskell y Jane Austin ya habían publicado todas sus novelas, y la mayoría de ellas ya había muerto. Por otro lado se puede hacer la comparación con la narrativa escrita por hombres en esa misma época y en el mismo lugar, o pensar en lo que se hacía en el resto de los países de Hispanoamérica. Y el resultado de la comparación es desolador. Pero nos tenemos

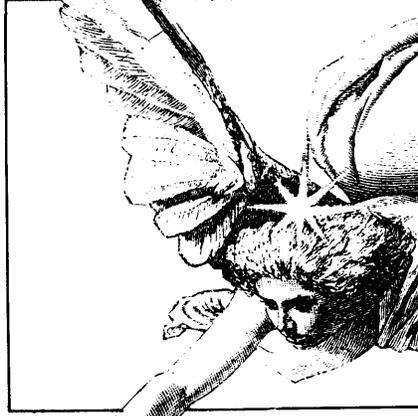
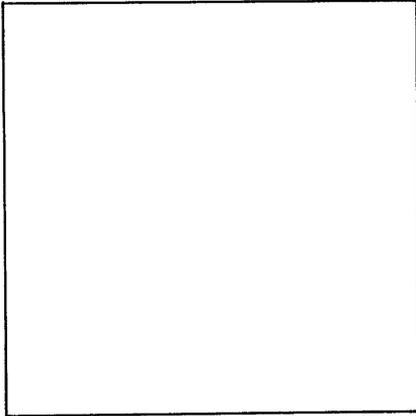
que atener y conformar con los hallazgos que las once rescatadoras y estudiosas de esta antología nos ofrecen. A través de los análisis de las obras y vidas de las narradoras decimonónicas nos muestran una parte de la cultura y tradición femeninas que se desconocía en gran parte.

De los análisis se desprende que la intención de las mencionadas estudiosas (Laura Cázares, Ana Rosa Domenella, María Rosa Fiscal, Graciela Monges Nicolau, Diana Morán, Cecilia Olivares Mansuy, Nora Pasternac, Gloria María Prado Garduño, Carmen Romano Escandón, Sara Poot Herrera y Luzelena Gutiérrez de Velasco), autoras de esta antología era darnos a conocer las condiciones en las cuales escriben el puñado de antecesoras de las escritoras mexicanas de hoy; también descubrir sus métodos, sus obsesiones y preocupaciones. Se echa mano de la biografía de las escritoras, de la sociología y de la historia de las ideas más que

otra cosa, y el resultado es un rico cuadro de todo su entorno.

El libro está organizado de tal manera que a cada autora decimonónica analizada se le dedica un capítulo de estudio individual, seguido por un extracto significativo y generoso de su obra. Y éstas son: María Nestora Téllez Rendón, Refugio Barragán de Toscano, Laura Méndez de Cuenca, María Enriqueta Camarillo, Dolores Bolio, Concepción Lombardo de Miramón, Enriqueta y Ernestina Larrainzar y Laurena Wright de Kleinhans.

Es interesante saber cómo los acontecimientos del exterior, la historia, muy poco les interesa a la mayoría de estas narradoras, y no afecta aparentemente la obra que están escribiendo. El caso más típico de esta forma de asumir la escritura y la vida es la más difundida y actual de estas escritoras: María Enriqueta Camarillo, de la cual dice Domenella en su sabrosa introducción: "Esta mezcla de ceguera histórica y puerilidad vital tiene su fundamento en los valores patriarcales, eclesiásticos y moralizantes, que están presentes a lo largo de su obra poética y narrativa. Fue colaboradora de la revista *Azul*, del modernismo mexicano, y autora de los cinco libros *Rosas de la infancia*, utili-



zado en las escuelas primarias antes del libro de texto gratuito”.

Otra autora con una vida interesante y “folletinezca”, como las novelas que producía, es María Nestora Téllez (1818-1890), “quien queda ciega cuando tenía un año, y esta fatalidad —que ella interpreta como benéfico designio divino— la lleva a practicar la literatura oral, junto a sus labores como maestra de primeras letras en escuelas de ‘amigas’ o instituciones religiosas. Una admiradora y discípula es la amanuense que transcribe *Staurofila* al lenguaje escrito”. (Esta novela, una de las más leídas en su tiempo, es necesario anotarlo, es citada por Agustín Yáñez en *Al filo del agua*: en el curato del pueblo de las mujeres enlutadas *Staurofila* es leída por una mujer casi clandestinamente).

Concepción Lombardo de Miramón (1853-1921) es otro caso de vida y obra interesantes; esposa del Miramón que fue fusilado junto a Maximiliano,

escribe sus memorias en París y cuenta cómo era la vida en México y en la clase social a la que pertenecía. Sus memorias, como una tajada de la época que le tocó vivir, es insuperable.

Uno de los capítulos más interesantes y reveladores es el dedicado a las *Crónicas de viaje*, de las hermanas Enriqueta y Ernestina Larrainzar, escrito por Cecilia Olivares Mansuy. En éste, como en los otros ensayos, el sujeto analizado está tratado con la distancia del crítico objetivo, sin condescendencia. Olivares Mansuy nos hace una disección del viaje (de Veracruz a Cuba, Nueva York, Liverpool, Londres, París, Bruselas, Berlín, Varsovia y San Petersburgo) de estas privilegiadas mujeres, de lo que vieron, cómo lo vieron, qué pensaron al verlo y por qué lo vieron así. De este *viaje sentimental*

por la cuna de la civilización, escrito en cinco volúmenes nos dice: “El valor de esta obra reside ante todo en que es un documento importante para la reconstrucción de la visión del mundo de las mujeres mexicanas que decidieron escribir y publicar sus escritos, actuar y utilizar su capacidad intelectual, colocándose, aunque sólo parcialmente, fuera del esquema en el que, por ser mujeres —miembros, además, de una clase alta con tendencias aristocratizantes—, están insertas”.

Se nos ha abierto una ventana a la narrativa mexicana femenina del siglo XIX. Uno quisiera saber más de esas narradoras ejemplares, quisiera leer más ampliamente sus obras; por lo tanto, este libro, preparado amorosamente también por mujeres —inteligentes y estudiosas, interesadas en todas las manifestaciones de lo femenino—, se convierte en una piedra fundamental para entender el actual edificio de la literatura mexicana.

